

# Por una cultura del sí

MANUEL LUDEVID\*

LA VANGUARDIA, 14.01.09

La cultura del no impera en la Catalunya de hoy. No a los parques de energía eólica. No a las huertas de energía solar fotovoltaica. No a la sustitución de coke de las cementeras por combustibles menos contaminantes.

No a la obtención de energía a partir de los residuos con las tecnologías más avanzadas. No a nuevas plantas de generación eléctrica de ciclo combinado. No a la MAT. Se ha convertido en un serio obstáculo al avance tecnológico, económico y ambiental de nuestro país.

La cultura del no se manifiesta como una suerte de neocarlismo de retórica ecologista, que reivindica una Catalunya de postal, inmóvil, como si fuera un pessebre vivent. Se expresa a través de plataformas locales de oposición, pero tiene también, en ocasiones, ramificaciones dentro de la propia Administración autonómica. Hereda lo peor del sindicalismo (sus métodos de movilización más duros), pero ninguno de sus valores teóricos (la solidaridad). Bien al contrario, la cultura del no intenta construir la identidad local en base a la insolidaridad con el resto de ciudadanos y a partir de la oposición a todo aquello que no tenga un beneficio inmediato, tangible y en metálico para los ciudadanos del lugar. Suele ser un planteamiento unidireccional: mientras con una mano se defienden estos planteamientos, con la otra se aceptan los flujos que provienen de esos "otros ciudadanos": flujos humanos (turistas, nuevos residentes), flujos económicos y flujos de productos de todo tipo.

Frente a la cultura del no, hay que plantear claramente que la Catalunya del futuro no será una repetición del pasado: será otra cosa. El aumento muy acusado de la población, la intensificación de la competencia económica y el agravamiento de muchos impactos ambientales requerirán una mezcla de imaginación, valor y capacidad de cambio. Todo lo contrario del inmovilismo. Necesitamos una cultura del sí basada en el liderazgo político, la colaboración empresarial y la solidaridad ciudadana.

Debería llegar un día en el que, al mostrar a un forastero nuestro pueblo o ciudad, le mostrásemos la planta de tratamiento de residuos, la central de generación eléctrica, la depuradora de aguas residuales o las instalaciones de energía eólica o fotovoltaica con el mismo orgullo y con la misma naturalidad con que hoy le mostramos la escuela, el polideportivo o la iglesia románica. El orgullo de quien está comprometido a dejar a sus hijos un futuro mejor.

\*M. LUDEVID, economista